

BIBLIOTECA SELECTA
CRISTOBAL SCHMID

LA CONDESA IDA

56



Ramón Jopena-Editor Provenza-93-97-Barcelona

C-1 bis
92

SS 77 4/A



00037882

APROBACIÓN ECLESIASTICA

OBISPADO DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT

EL CENSOR,

FR. VICENTE DE PERALTA

O. M. CAP.

Barcelona, 25 de Junio de 1926

Imprimase,

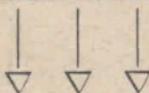
José, Obispo de Barcelona.

Por mandato de su Excia. Ilma.

Dr. Francisco M.ª Ortega de la Lorena,

Canciller-Secretario.

BIBLIOTECA SELECTA



CRISTÓBAL SCHMID X

LA CONDESA IDA

VERSIÓN CASTELLANA DE
J. PEREZ MAURAS

29.160



BARCELONA

RAMÓN SOPENA, EDITOR
PROVENZA, 93 A 97



Derechos reservados.

LA CONDESA IDA

I

LA PREDILECTA

En el siglo XII habitaban en un castillo situado a una legua de Ulma, en las orillas del Iller, los condes Hermán y Otón de Kirchberg, señores muy poderosos e ilustres por la gloria militar que habían conquistado, y por las grandes virtudes de que daban ejemplo, no sólo a la nobleza alemana, sino también a sus vasallos.

Los nombres de estos dos poderosos personajes van unidos en la Historia con los de los principales caballeros que tomaron parte en la primera cruzada a Palestina, emprendida por los príncipes cristianos para libertar del yugo de los infieles aquella tierra, cuna de nuestra sacrosanta religión.

En la época a que nos referimos, Alemania

poseía ya muchos monasterios de la orden de San Benito, piadosos refugios cuyas puertas siempre estaban abiertas a los pecadores que querían hacer penitencia, y a los que, habiendo sufrido hondos pesares, acudían allí a pedir a Dios en la soledad el olvido de sus penas o el único consuelo que podía endulzar sus sufrimientos.

En la Edad Media, los monjes fueron también los instrumentos de que se valió Dios para enseñar a los hombres a fecundar el suelo y hacerle producir todo aquello que le fuera necesario para su subsistencia. Con el trabajo de sus manos roturaban vastas e incultas extensiones de tierra; empleaban lo superfluo de sus productos en auxiliar a los necesitados, y aprovechaban las ocasiones de hacer bien para inculcar los divinos preceptos del Evangelio a todos los que iban a visitarles en sus monasterios o a recibir de ellos algún socorro.

Hermán y Otón, antes de emprender el viaje a Tierra Santa, habían formado el proyecto de establecer en sus vastos dominios algunos de aquellos excelentes religiosos, cuyas virtudes y austeridad les inspiraban una gran veneración. Tal fué el origen de la abadía de Wiblingen, erigida en 1099, y que guardó, durante muchísimos años, los sepulcros de los condes de Kirchberg.

Los primeros habitantes del nuevo monasterio habían sido enviados por la casa de San Blas, en la Selva Negra. El obispo de Constanza, Guebarado III, los instaló, y desde el mismo día de su llegada empezaron a cumplir las sabias intenciones

de sus fundadores. Muy pronto el empleo del trabajo y la práctica de las virtudes cristianas les atrajeron el respeto y la consideración de las groseras gentes del campo entre las cuales vivían. Bajo su protección, y gracias a sus continuos cuidados, la agricultura mejoró notablemente y la comarca convirtiéndose en un país de envidiable riqueza y prosperidad.

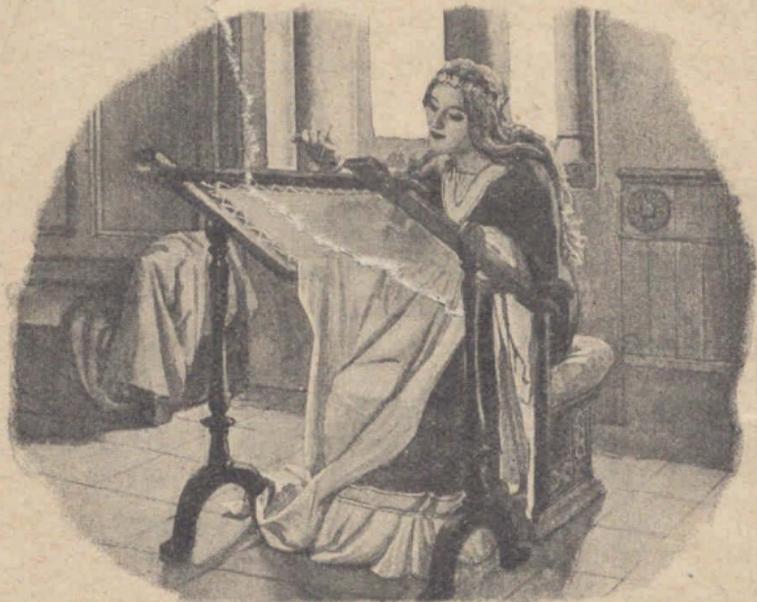
A la ilustración de su raza unía la noble familia que habitaba el castillo de Kirchberg otra condición más elevada aún que la que comunican las virtudes hereditarias: la piedad del corazón y el temor de Dios. Los hijos de Hermán de Kirchberg, herederos del condado por derecho de mayorazgo, hacían la alegría de sus padres; pero, así como en un lindo jardín lleno de vistosas y escogidas flores puede sobresalir una de colores más brillantes y de más suave perfume también se encuentra a veces en una excelente familia un hijo más privilegiado entre todos por sus cualidades y gracias especiales, como le sucedió a la joven Ida.

La historia nada nos dice de los detalles de la vida de los padres de esta joven; pero la educación de ésta, cuyas aventuras han llegado hasta nosotros, prueba suficientemente que Ida estuvo rodeada de gran solicitud.

Hermán de Kirchberg consideraba a sus hijos como un precioso tesoro que Dios había depositado en sus manos; algunas veces decía que a la familia podía compararsele a un semillero, en medio del cual Dios ha hecho brotar tiernos retoños que

los padres deben cultivar cuidadosamente para ponerlos a cubierto de toda influencia perniciosa, hasta que florecen para ser ornamento de este mundo y para embalsamar su existencia con los perfumes de la virtud.

Desde su infancia, el corazón de Ida recibió de su madre dulces lecciones de ternura ; de ella apren-



dió, desde sus más tiernos años, las labores propias de su sexo, a las que debía dedicarse años después.

A los quince años hilaba a la rueca, manejaba la aguja y bordaba ; con frecuencia acudía a las cocinas del castillo y preparaba ella misma, sin ayuda de nadie, los platos delicados que adornaban la mesa en las fiestas de familia, en las gran-

des comidas de etiqueta y cuando había huéspedes distinguidos en el castillo.

Así transcurrieron los primeros años de Ida, cuya educación se desarrollaba en medio de las labores y estudios de su edad, al mismo tiempo que la religión saturaba su alma de sus preciosas enseñanzas que más tarde debían servirle de regla, consuelo y sostén.

—Hija mía — le decían incesantemente sus excelentes padres—, todo lo que recibes de nosotros, lo hemos recibido a nuestra vez de nuestro Padre celestial, que es la bondad infinita. Todos los días de tu vida debes dirigir a El acciones de gracias y de amor a fin de que jamás te prive de su santa bendición.

El mayor placer que experimentaba Ida era hacerse referir la historia del Salvador del mundo. Le explicaban cómo Jesús niño fué un modelo de inocencia, un hijo sumiso y piadoso para con sus padres; cómo, cuando se hizo hombre, enseñaba a los demás lo que debían hacer para rendir al Autor de todo lo creado el culto de reconocimiento y amor que le es debido, y para alcanzar, con ayuda de las buenas obras de una vida santa, la felicidad prometida a los elegidos en el Cielo. Ida guardaba íntimamente en su corazón todas estas cosas y procuraba amoldar todos los actos de su vida a los divinos preceptos del Redentor de la humanidad.

El capellán del castillo de Kirchberg era el venerable prior de los religiosos de Wiblingen. Ida había recibido las aguas bautismales de manos del

buen monje, y más tarde este mismo se encargó de su educación cristiana que dió tan opimos frutos. También el prior fué quien preparó a la joven para recibir la comunión, y quien más tarde bendijo su matrimonio.

La historia de Ida, cuyos principales episodios vamos a narrar, es una prueba palpable de la bondad de la Providencia, que vela constantemente sobre los destinos de la humanidad, y que hace que todo se convierta en bien para los que le son fieles. El hombre, con tal que tenga confianza en Dios y busque su fuerza en la resignación con la voluntad divina, cualesquiera que sean su debilidad y fragilidad, resiste todas las pruebas de la vida por duras que éstas sean.

Desde sus primeros años, fué Ida un dechado perfecto de devoción y temor de Dios; crecía en gracia y sabiduría; y si el Cielo le había concedido el más precioso de los dones en la educación cristiana que de sus padres había recibido, éstos recogían a su vez la más agradable recompensa de sus tiernos y asiduos cuidados en las bendiciones que Dios se complacía en derramar sobre la piadosa hija.

II

IDA CONTRAÉ MATRIMONIO

Como jamás el mérito y la virtud quedan ignorados, bien pronto fueron objeto de la admiración de toda la comarca las bellas cualidades de Ida.

En un torneo dado en 1197, cerca de Colonia, por el conde de Hanau, el joven conde Enrique de Toguemburgo oyó hablar de Ida, y, conmovido por los muchos elogios que todos hacían del mérito de la joven, rogó a Dios desde aquel instante que se la concediese por esposa.

Terminado el torneo y pasados algunos días, Enrique se dirigió a Kirchberg para enterarse por sí mismo de la verdad de lo que le habían contado y para pedir la mano de Ida.

El joven conde era oriundo de una familia muy ilustre que, desde tiempo inmemorial, poseía el dominio de Toguemburgo. Su castillo, edificado sobre una montaña y fortificado por la naturaleza tanto como por el ingenio del hombre, alzaba sus erguidas torres a poca distancia del célebre convento de Fischingen, habitado por doncellas nobles que habían renunciado al boato y mundanal ruido para consagrarse a Dios en la soledad.

Los padres de Ida recibieron al joven conde afectuosamente. La conducta y modestia de Enrique conquistaron bien pronto la estimación y cariño de los padres de la joven. Además, como su rango y su edad le eran favorables, no le fué difícil obtener el consentimiento de Ida. Esta unión parecía deber colmar la felicidad de ambas familias.

Poco tiempo después, y durante este mismo año de 1197, se cumplieron los vehementes deseos de Enrique de Toguemburgo, celebrándose su matrimonio con la virtuosa joven en la capilla del castillo de Kirchberg. El mismo día de la boda Enri-

que obsequió a la que iba a ser la compañera de su vida con un anillo de oro adornado con valiosas piedras. Esta joya, símbolo de la unión indisoluble que consagra el matrimonio, debía traer constantemente a la imaginación de la esposa el recuerdo de la inviolable fidelidad y la constante afección que aseguran la felicidad de los esposos cristianos.

Terminadas las magníficas fiestas que se celebraron después de la boda, llegó la hora de la separación. La joven condesa de Toguemburgo, teniendo que seguir a su esposo, sintió con profundo dolor la necesidad de separarse de sus amantes padres, de sus queridas hermanas, a quienes tanto cariño profesaba, y de todos los servidores de su familia que la habían llevado de niña en sus brazos. Ida dirigió una postrera y triste mirada a los hermosos lugares donde se habían deslizado sus primeros años entre sus infantiles recreos y las pruebas de ternura y cariño que le habían prodigado los autores de sus días.

Sin embargo, la religión, que brinda sus consuelos a todos los que sufren en esta vida, vino en auxilio de la joven esposa para mitigar las tristezas que le causaba aquella separación, pues le recordó que los hijos de Dios, por dondequiera que guíen sus pasos, son seguidos por la bendición de su Padre celestial, y tienen la esperanza, después de haber atravesado valerosamente, con perseverancia y con resignación, las pruebas de esta vida tan corta, de reunirse eternamente en el Cielo.

III

VIDA DOMÉSTICA

Jamás olvidaba Ida las sagradas palabras que el sacerdote le había dirigido el día de su enlace, recomendándole ser sumisa a su esposo, como la Iglesia lo es a Jesucristo, su divino jefe. La excelente joven repasaba constantemente en su corazón este precepto, que resume en uno solo los deberes del casado; y como Ida había cumplido siempre los de una obediencia filial hacia sus padres, no le fué difícil obedecer ciegamente a su esposo, el cual, por otra parte, se desvelaba por ella y la trataba con toda clase de miramientos; expresaba sus deseos con dulzura y moderación y jamás pedía nada que no fuese justo, útil y de fácil cumplimiento.

Pero, a pesar de sus excelentes prendas, el joven esposo estaba dotado de un carácter impetuoso y se dejaba llevar de arrebatos de cólera de los que luego se avergonzaba, pero que no por eso eran menos penosos de sobrellevar.

Ida no tardó en conocer el carácter violento de Enrique, por lo que tuvo que sufrir mucho. Pero el profundo amor que le profesaba le hacía sobrellevarlo pacientemente, comprendiendo que era necesario ceder a aquellos arrebatos pasajeros más bien que exacerbarlos con disputas y contradicciones. Resolvió redoblar sus cuidados para calmar, a

fuerza de dulzura, la irascibilidad de Enrique. Cuando la cólera de éste se manifestaba, Ida hacía lo posible por prevenir o reparar sus efectos, y sobrellevaba con angelical paciencia los sinsabores que aquello le producía.

Los consejos admirables que a los hombres de San Pablo, se dirigen principalmente a los esposos, y éstos son, sobre todo, los que con más paciencia deben tolerar las recíprocas imperfecciones; pues, si así lo hacen, cumplirán el divino precepto del Evangelio que dice: «Amad al prójimo como a vosotros mismos, y no hagáis con él lo que no queráis que hagan con vosotros.»

Ida tenía siempre en la memoria este precepto; así es que su vida doméstica contaba pocas horas desdichadas entre los días de tranquila felicidad que Dios le concedía. Vivía con su esposo en la mayor armonía, pues la voluntad de ella era la de su marido, dispensándose mutuamente grandes atenciones y amándose sinceramente.

En su solitario castillo, lejos de los placeres ruidosos del mundo, los dos amantes esposos gozaban de una envidiable y tranquila felicidad; y si en alguna ocasión un acceso de mal humor de Enrique rompía esta dulce armonía, la virtuosa Ida sabía, con una mirada afectuosa, con una frase alegre, disipar esta nube, y Enrique no podía menos de sonreír agradecido a tanta gracia y dulzura.

En medio de esta dichosa existencia los jóvenes esposos se complacían en recordar que hay que dar gracias a Dios constantemente por los muchos y continuos favores que nos concede; y, arro-



dillados uno junto a otro, asistían diariamente a la celebración del santo sacrificio de la misa.

En las grandes solemnidades se dirigían a la abadía de Fischingen, dotada, por la familia de los condes de Toguemburgo, de extensas propiedades.

Muchas veces iba Ida en peregrinación al célebre santuario de Au y a otros lugares consagrados por la devoción de los fieles, y en estas piadosas prácticas buscaba la fuerza necesaria para cumplir debidamente sus deberes de esposa y para sobrellevar cristianamente los infortunios que Dios tuviera a bien enviarle.

Con frecuencia, y en medio de la soledad, se entregaba a largas meditaciones en su oratorio, sobre todo cuando le atormentaba algún trabajo

o disgusto, porque todos estos sufrimientos pasajeros los encerraba en su corazón, y sólo los revelaba a Dios en su oración o al venerable prior de los benedictinos de Wiblingen, que de cuando en cuando venía a visitarla y mitigaba sus pesares con sabios consejos.

IV

DOMENICO

A pesar de la fidelidad y respeto que guardaban a su señor, los vasallos y servidores de Enrique de Toguemburgo se quejaban con frecuencia de su arrebatado carácter y de los actos de injusticia que este mismo carácter le hacía a veces cometer con ellos.

El matrimonio del conde hizo concebir a sus servidores la esperanza de que hallarían en la bondad de su esposa una excelente protectora, y animados por esta consoladora esperanza, todos salieron a recibirla a la hermosa avenida que terminaba ante la puerta del castillo. También acudieron las gentes de la vecindad, deseosas de saludar y conocer a la nueva condesa.

Cuando Ida llegó, aquellas sencillas gentes vieron en la mirada de la joven esposa que sus ardientes votos no se verían defraudados, porque los graciosos rasgos de la condesa revelaban palpablemente que poseía un alma repleta de dulzura, inocencia y piedad.

Las cariñosas frases que la joven condesa les di-



...salió inopinadamente del bosque que bordeaba los dos lados del camino un hombre empuñando un arma... (Página 20).

rigía, impregnadas de honda emoción, para darles gracias por su acogida y sus bendiciones, y las pruebas de vivo cariño que su esposo le prodigaba ante todos, auguraban un porvenir risueño.

Poco tardó Ida en ser una excelente madre para todos los habitantes del condado, pues siempre estaba dispuesta a consolar y bendecir a los que le pedían su apoyo, reclamaban su asistencia o le confiaban sus penas.

Tal fué el ascendiente que conquistó en el ánimo de su esposo, que con una sola palabra, con una sola mirada, con un gesto insignificante, conseguía a veces dominar su carácter impetuoso, y cuando se enojaba, cualesquiera que fuesen los motivos que tuviese, se esforzaba por contrarrestar sus efectos para dar tiempo a que la reflexión le aconsejase de nuevo la calma y evitase una desdicha.

Cuando esto sucedía, el corazón generoso y bueno de Enrique ahogaba sus ímpetus, y si había cometido una injusticia se apresuraba a repararla.

Con frecuencia también Ida intercedía por los culpables y obtenía para ellos el perdón de sus faltas o mitigaba algo el castigo que se les imponía. Sobre todo mostraba su gran abnegación cuando se trataba de familias honradas que sufrían toda clase de privaciones, a consecuencia de reveses de fortuna.

El conde de Toguemburgo ayudaba amorosamente a su esposa a socorrer a los infortunados que, lejos de mostrarse importunos y exigentes, había necesidad de ir al encuentro de ellos.

Los nobles señores de Toguemburgo no ignoraban que los ricos deben ser la imagen de Dios en la tierra y que el mejor medio de cumplir la santa ley de Jesucristo es la caridad, pues El ha dicho que una gota de agua dada en su nombre hallará su recompensa en el Cielo.

Cuando los padres de Ida iban a visitarla, la llegada de éstos era siempre señal de grandes regocijos. Las dos familias reunidas daban gracias a Dios por los favores que les dispensaba, y si alguna tribulación, por pequeña que fuese, les afligía, la aceptaban resignadamente, conformándose con los designios del Altísimo, que todo lo dirige para bien de todos.

Ida procuraba siempre prolongar las visitas de sus padres que la hacían tan feliz, y éstos volvían a su hogar cada vez más persuadidos de que su hija querida no deseaba otra cosa más en este mundo.

Pero pronto iba a llegar el momento en que las verdaderas desgracias enseñarían a la joven lo frágiles y perecederas que son las alegrías de este mundo.

Dios, el mejor de los padres, prueba el corazón de los justos por medio de los infortunios para conducirlos a la eterna felicidad de la otra vida por el sendero de la paciencia y la abnegación.

Ida estaba predestinada a sobrellevar los más amargos sufrimientos.

Entre la servidumbre del conde Enrique se hallaba un italiano llamado Domenico, hombre de agradable presencia y diestro en demasía, cuando

se trataba de captarse con adulaciones el favor de sus señores. Bajo las más engañosas y seductoras apariencias ocultaba un alma dotada de todas las malas pasiones, y pronto formó el diabólico plan de abusar de la confianza y estimación que le dispensaba la condesa Ida.

Era tan puro el corazón de ésta, que jamás creyó



...iba a perecer a manos del valiente escudero .. (Pág. 21.)

en el mal, y sí en la abnegación y en la virtud de cuantos la rodeaban.

Cuando descubrió los criminales proyectos de Domenico, a fin de no perder a aquel desgraciado y darle tiempo para que se arrepintiera, se abstuvo de enterar a su esposo, y contentóse con mos-

trarse severa con el infiel criado y no dejarle traspasar los límites de su posición subalterna.

Domenico adoptó el disimulo, y no tardó en presentársele una ocasión de atentar contra la virtud de su noble ama.

Una noche, que al regresar de una fiesta iba acompañando a Ida por el camino que conducía del



...se echó a los pies de Ida... (Pág. 21.)

convento de Kischingen al castillo de Toguemburgo, quiso Domenico emplear la violencia contra la condesa, de la que ésta no hubiera podido librarse sin la visible protección de Dios. A los angustiosos gritos que lanzó, salió inopinadamente del bosque que bordeaba los dos lados del camino un hombre empuñando un arma; este hombre era Kuno, es-

cuadero del conde Enrique, que se había retrasado cazando y a quien la mano de Dios había conducido hacia allí.

Tendido en tierra, Domenico iba a perecer a manos del valiente escudero, cuando la buena condesa le suplicó que no derramara su sangre ni revelase al conde la escena que acababa de presentarse, añadiendo que era preciso perdonar para que Dios nos perdonase a nosotros, y que ella estaba dispuesta a no acordarse más de aquel ultraje, siempre que Domenico expiase su falta por medio de un sincero arrepentimiento.

Kuno, sorprendido de la peligrosa resolución de su ama, prometió a ésta, bien a pesar suyo, obedecerle.

Domenico, en cambio, se echó a los pies de Ida, y con fingido acento y lágrimas en los ojos, le dió gracias por el perdón que acababa de otorgarle.

A pesar de estas buenas palabras, aquel malvado no podía dar cabida en su corazón al arrepentimiento; apoderóse de su espíritu un pensamiento de venganza y puso en prensa su imaginación para encontrar un diabólico medio que causara la perdición del honrado escudero y de su generosa ama.

V

PRIMERAS TRISTEZAS

Después de lo sucedido con Domenico, Ida no cambió en nada su conducta para el atrevido criado, pues siguió tratándolo como antes, esto es,

con mesura y dignidad, disimulando la aversión que le inspiraba, tanto para no entorpecer su pretendido arrepentimiento como para evitarle un justo y ejemplar castigo.

A Kuno le costaba mucho trabajo disimular su desprecio por aquel hombre, pero las reiteradas órdenes de su señora obligaron al buen servidor a ocultar su indignación, y el conde ignoró aquel escandaloso suceso.

Domenico, entre tanto, poco tardó en darse cuenta de las pruebas de estimación que Ida dispensaba a Kuno, y su diabólica imaginación, impulsada por la envidia, imaginó un plan infernal que debía hundir en el abismo a aquellos dos inocentes cuya perdición había jurado.

Así, pues, el infiel criado empezó por aprovecharse de la ilimitada confianza que su amo le otorgaba para infiltrar en su corazón, valiéndose de frases equívocas, los gérmenes de los más injustos celos.

Una vez que tan rastreros pensamientos arraigaron en el corazón del noble y generoso conde, que había rodeado a Ida de tanta afección, el pérfido Domenico pudo continuar su nefasta obra por medio de diestras insinuaciones.

En efecto, así como un hombre confiado lo ve todo bajo un prisma favorable y sabe quitar importancia a las faltas verdaderas de los demás, así también el celoso cree ver por todas partes el mismo mal que teme, interpreta injustamente las más insignificantes acciones y encuentra irrecusables

pruebas de una conducta reprehensible en las más puras intenciones.

Domenico vali6se de gran maña en sus perversos fines, y bien pronto las gentes se dieron cuenta del cambio que se efectuaba en la conducta del conde Enrique para con su esposa, pues 6l, tan atento y cari6ioso en otro tiempo, se volvi6 indiferente y adopt6 una siniestra reserva; sus palabras eran lac6nicas e imperiosas y procuraba apartar sus miradas de las de su esposa, a quien antes quer6a tanto.

Aquel modelo de dulzura, en cuya alma c6ndida no cab6an la mentira ni el enga6o, no sab6a a qu6 atribuir el descontento y tir6nico car6cter de su esposo. Con frecuencia retir6base a un sitio solitario, y all6 pasaba horas de ansiedad y tristeza; no sab6a desalogarse sino con Dios, y s6lo en la oraci6n buscaba consuelo y socorro. El testimonio de su conciencia hab6a llegado a ser su 6nico tesoro.

Sus propios sufrimientos los sobrellevaba con bastante resignaci6n, pero el car6cter sombr6o de que siempre daba muestras su esposo, le causaba hondo pesar, porque sus palabras amables y cari6iosas no produc6an ya ninguna impresi6n en un coraz6n que hab6a perdido la confianza.

Dios mismo, que hab6a querido poner a prueba la virtud de Ida, haci6ndola sufrir las m6s rudas aflicciones, parec6a haberla abandonado, permitiendo que se realizasen los proyectos de los malvados; pero esto era s6lo aparentemente, porque el Criador no abandona jam6s a sus criaturas, aun-

que a veces las deje sufrir para fortalecerlas en la virtud y para darles ocasión de obtener un triunfo más brillante.

Así la pobre esposa vió destrozada la felicidad de su matrimonio por aquel miserable que, gracias a la indulgencia de la joven, aun vivía.

Domenico seguía con infernal alegría los progresos del mal que había ocasionado y sólo pensaba en hallar una ocasión propicia para llegar al término de su venganza.

VI

EL ANILLO DE ORO

Era una hermosa mañana de primavera. Ida, desvelada por sus tristezas, se había levantado con la aurora y había abierto las ventanas de su habitación, desde la cual podía extasiarse la vista en la contemplación de magníficos paisajes. Los campos, los árboles y las hierbas habían recobrado su verde vestidura; algunos árboles, acariciados por los rayos del sol naciente, lucían sus brillantes flores; las aves saludaban con sus alegres trinos el despertar del día y celebraban con sus melodiosos cantos las alabanzas del Creador.

La sensible alma de Ida conmovióse ante este espectáculo lleno de majestuosidad; púsose de rodillas, y elevando las manos al cielo, imploró el auxilio de Dios. Después abrió los grandes armarios tallados que encerraban sus trajes de fiesta y



sus joyas de boda, y se puso a meditar con melancolía en los días felices que aquellas prendas le recordaban.

Iba desdoblando y colgando todos aquellos magníficos trajes y colocando sobre una larga mesa situada junto a las ventanas abiertas sus costosas joyas que despedían brillantes reflejos al ser heridas por los rayos del sol.

De pronto sus miradas se fijaron en el anillo que le había regalado su esposo el día de su boda ; al recuerdo de su perdida felicidad los sollozos la ahogaban ; pero su conciencia estaba pura y podía contemplar, sin tener que avergonzarse, aquella prenda de ternura y fidelidad, porque había cumplido como Dios manda los deberes de esposa, y este pensamiento le proporcionaba un grandísimo

consuelo. Confiando de nuevo su porvenir a Dios, sintió que en el fondo de su corazón renacía una dulce esperanza.

En aquel momento una de sus doncellas vino a interrumpirle para decirle que una pobre desconocida deseaba hablarle. Como sin duda se trataba de alguna obra caritativa, Ida se apresuró a dejarlo todo y salir, cerrando con cuidado la puerta de su habitación.

Cuando estuvo de vuelta quiso guardar sus joyas, pero, al empezar a recogerlas, advirtió con sorpresa que el anillo nupcial había desaparecido. Buscólo por todas partes, pero fueron inútiles todas sus pesquisas, y para evitar que las sospechas celosas del conde viesan un crimen en este accidente, no quiso hablarle nada de esta pérdida, pensando que valía más callarse que provocar una escena violenta.

He aquí cómo desapareció el anillo, cuya pérdida iba a traer fatales consecuencias a Ida.

El extenso bosque que cubría la montaña sobre que estaba edificado el castillo de Toguemburgo, estaba habitado por tan crecido número de cuervos, que el primero había tomado su nombre de estas aves carnívoras. Llamábase *Rabenstein*, es decir, *Roca de los cuervos*.

Mientras Ida había salido de su habitación, dejando las alhajas encima de la mesa, una de estas aves, cuya afición a los objetos brillantes mencionan los naturalistas, pasó por delante de las ventanas de Ida. Guiada por su instinto natural se acercó a la ventana, y al observar que no había

nadie en la habitación, tomó en el pico el anillo de oro y remontó el vuelo hacia su nido.

Algunos días después, el escudero Kuno dirigióse al bosque de Rabenstein para cazar, recorriéndolo varias veces sin encontrar la más insignificante pieza. Al fin, aburrido, decidió volverse al castillo, cuando al levantar la vista distinguió un nido



de cuervos en la copa de un árbol elevado y se encaramó a él para cogerlo.

En el fondo del nido descubrió un objeto que brillaba ; era un anillo de oro adornado con preciosas piedras.

Kuno, contento con tan valioso hallazgo, se colocó el anillo en el dedo, y, de regreso al castillo, contó a sus camaradas lo que le había ocurrido. Estos no sospecharon nada malo y envidiaron la

dicha de Kuno, a quien la suerte había favorecido de tal modo.

Ni a unos ni a otros ocurrióseles hacer lo que el deber aconseja en casos como éste, porque un objeto encontrado tiene siempre un dueño y no es lícito quedarse con él antes de haber hecho todo lo posible para descubrir a su legítimo poseedor.

Domenico, que estaba presente como los demás, y había oído la aventura del escudero, pidió a éste que le enseñara el anillo y se aseguró de un modo positivo de que la condesa era la dueña de aquella joya, pero disimuló y la devolvió con indiferencia a Kuno, que se la volvió a poner en el dedo.

Aquel mismo día, Domenico, adoptando un aire humilde y triste, se acercó al conde y le dijo :

—Monseñor, no sé si debo, o, mejor dicho, no sé si me atreveré a participaros una nueva muy importante, aunque dolorosa.

—¡Habla pronto! ¿Qué nueva es ésa? — exclamó el conde.

—Puesto que me lo ordenáis — respondió el malvado—, debo confesaros que temo que la señora condesa haya hecho a Kuno un regalo que, en manos de un vil criado, podría hacer nacer sospechas deshonorosas contra ella y contra vos. Kuno lleva en el dedo el anillo de oro que regalasteis el día de vuestra boda a la señora condesa.

—¡Eso es falso! — gritó, enfurecido, el conde—; ¡la condesa no hubiera regalado su anillo nupcial a un criado! ¡eso sería una acción infame!

—Mi noble señor—continuó Domenico—; dignaos asegurarnos por vuestros propios ojos. Si me

lo permitís, haré venir a vuestra presencia a Kuno...

La horrible calumnia preparada con tan diabólica habilidad por Domenico produjo el efecto que éste esperaba. El conde reconoció su anillo.

El escudero contó la aventura del bosque, pero de nada le sirvió su justificación, pues el conde se



negó a oír nada, y como en aquella época los señores feudales tenían derecho sobre la vida de sus súbditos, el desdichado Kuno fué condenado a un suplicio terrible.

Atáronle por los pies a la cola de un brioso corcel, que fué lanzado a galope a través de las rocas y barrancos que rodeaban el castillo. Kuno y el caballo encontraron horrible muerte en el fondo de un profundo precipicio.

VII

¡ PERDÓNALO, DIOS MÍO !

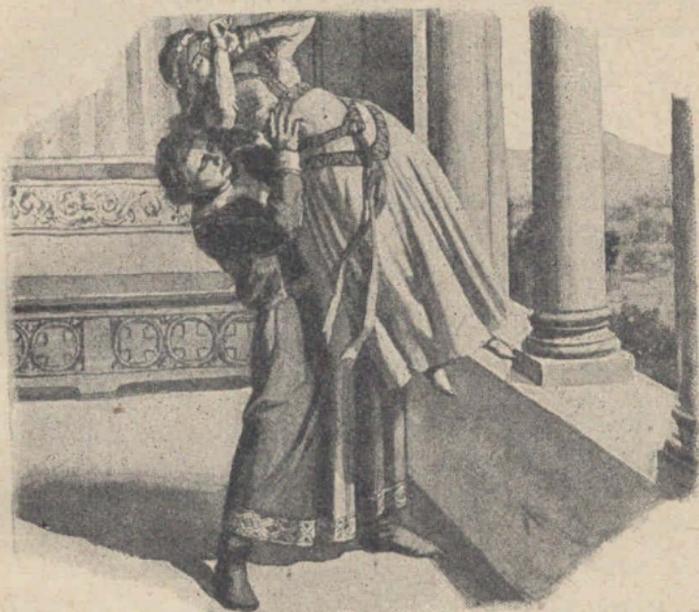
Enrique, cuya cólera no se había calmado con la horrible muerte del desgraciado Kuno, cuya inocencia ignoraba, se dirigió a las habitaciones de su esposa, seguido de Domenico, su ángel infernal.

Ida, ocupada en diversos trabajos domésticos en medio de sus criadas, ignoraba el sangriento drama que acababa de acontecer.

La inesperada y violenta entrada de su esposo en su habitación le hizo comprender que iba a ser nuevamente víctima de alguno de sus arrebatos ; se levantó y se acercó a él para calmarle con palabras afectuosas, pero el conde la rechazó con rudeza.

Trémula y casi desvanecida, la desgraciada joven no pronunció ni una sola palabra en son de queja. El conde la llenó de injurias y le mostró el anillo de oro preguntándole si lo reconocía.

La pobre Ida, derramando abundantes lágrimas, balbució algunas frases incompletas ; su desesperación, sus lágrimas, su actitud suplicante no lograron conmover a su esposo, cuya alma, presa de un frenesí delirante, cedió de pronto a un acceso de locura, y levantando en brazos a la condesa, el irascible esposo la arrojó por la ventana.



...la arrojó por la ventana. (Pág. 30.)

Después de tan inicuo proceder, Enrique dejóse caer en una silla, presa de gran estupor.

Las doncellas de la condesa, que presenciaban aquella escena, emprendieron precipitada fuga, dando grandes alaridos, pero ningún criado se atrevió a presentarse ante el conde, pues sabían por experiencia que la cólera de éste no respetaba a nadie.

Domenico tuvo buen cuidado de divulgar entre los criados la inverosímil e infame historia que por desgracia había sorprendido la credulidad del celoso conde.

Algunos creyeron esa historia porque amaban

demasiado a su señor para creerle capaz de un crimen horrible.

Otros, sin embargo, y, sobre todo los habitantes del condado, que conocían la maldad de Domenico, se decían por lo bajo, temerosos de ser escuchados, que la condesa era inocente lo mismo que el pobre Kuno, y que Domenico era un monstruo del infierno, a quien tarde o temprano aplastaría la venganza divina. Pero, como Domenico era el servidor favorito del conde, nadie se atrevió a acusarle.

Para salvar a Ida de una muerte segura, era preciso un milagro. Dios permitió este milagro para hacer brillar su poder omnipotente y para evitar que la infamia del malvado Domenico causase la muerte a una inocente criatura. El hecho ocurrió del siguiente modo: Unos arbustos y matorrales habían amortiguado la caída de la condesa a lo largo de las rocas, el miedo la había privado del conocimiento, y cuando abrió de nuevo los ojos tardó mucho rato en recordar lo que acababa de sucederle. Incorporóse sobre sus rodillas y, como afortunadamente no había recibido ninguna herida, su primer pensamiento fué dar gracias a la Providencia.

—¡Dios mío — exclamó—, a Ti, a quien debo la vida, a Ti solo consagro mis últimos días! Desde este instante rompo todos los lazos que me ligaban a la tierra; sólo pertenezco al Cielo. ¡Protégeme, Dios mío; en este solitario lugar desconocido de los hombres que me creen muerta, yo te serviré y bendeciré a todas horas en medio de la contem-



...al pie de la cual, cuando el tiempo se lo permitía, iba a rezar diariamente. (Pág. 39).

CONDESA.—3

plación de tu divina bondad, hasta que me lllames a tu presencia !

Esta plegaria, que salía de lo más íntimo de su corazón, dió fuerzas sobrenaturales a la joven.

Su segundo pensamiento fué para su esposo y derramó amargas lágrimas.

—¡ Perdónalo, Dios todopoderoso ! — exclamaba



Incorporóse sobre sus rodillas... (Pág. 32.)

entre sollozos—, ¡ perdónalo como yo le perdono con toda mi alma ! Sobre todo, te suplico seas misericordioso con aquellos que me han calumniado cerca de él y lo han apartado de la senda de la justicia ; a él, siempre tan generoso, noble y amante.

Cuando, por la gracia de Dios, estamos resignados, todo se nos hace fácil y los sufrimientos que

se ofrecen a El en expiación de las faltas que hayamos cometido, encierran en sí un consuelo inefable.

Ida se levantó e internóse en la espesura del bosque, marchando valerosamente en medio de impracticables matorrales, por donde quizá no había cruzado aún la planta del hombre.

Al declinar el día, Ida encontróse en un claro del bosque, donde se arregló un lecho de musgo y follaje para pasar la noche.

VIII

EN EL DESIERTO

Ida, la excelente criatura, rodeada en su juventud de tantos cuidados, siempre acostumbrada a todas las satisfacciones, encontrábase ahora completamente alejada de todos, en medio de un desierto salvaje, donde en lugar de lujosos aposentos guarnecidos de vidrios de colores y con el suelo cubierto de blandas y ricas alfombras, sólo ve la triste claridad del crepúsculo, negros abetos y hayas seculares cubiertas de yedra, abruptos peñascos y matorrales de espinos y zarzales. La que descansaba en mullidos cojines no tiene para sentarse sino las rocas y troncos de árboles caídos de puro viejos; en lugar de los numerosos criados que esperaban respetuosamente sus órdenes, no oye en torno suyo sino los gritos de las fieras que habitan en el bosque. ¡Pobre Ida, sin abrigo, sin alimento,

sin un sitio donde descansar su fatigado cuerpo, sin consuelo para su alma!

Y si la desventurada condesa soportaba resignada todo esto, era porque había preferido su propia desgracia a la desgracia de su prójimo; pues si hubiese descubierto a su esposo la vileza de Domenico, éste hubiera sido castigado y no habría osado hacerle daño. Imitando a nuestro Redentor, no quiso la pérdida del malvado, sino su conversión y arrepentimiento.

Ida conoció que se cumplía en ella esta promesa del Evangelio: «Todos los que sufrieren persecución por la justicia no sólo gozarán, después de esta vida, los goces celestiales, sino que, por anticipado, disfrutarán aquí en la tierra la verdadera satisfacción y la verdadera felicidad.»

Rendida de cansancio, Ida se echó en tierra, y después de dirigir al Cielo una ardiente plegaria, pidiendo a Dios su divina protección, quedó profundamente dormida.

Semejante en su abandono al Salvador, no tenía donde reposar la cabeza; pero la protección de Dios vale más que todas las riquezas del mundo y es más poderosa que los castillos y los ejércitos.

Mientras los habitantes de Toguemburgo se veían agitados por el insomnio, los inocentes, llenos de dolorosa ansiedad, y los culpables atormentados por el remordimiento, Ida disfrutaba de un sueño dulcísimo.

Los rugidos de las fieras dejaron de oírse en el bosque y ninguna se atrevió a interrumpir el sueño

de Ida, porque en torno de ella velaba su ángel guardián.

Al despuntar el día, despertó, y lo primero que hizo fué dirigir al Cielo una plegaria que tuvo algo de solemne bajo aquella especie de bóveda formada por las ramas de los árboles, mezclada con los alegres trinos de las aves que saludaban la naciente aurora.

Las aves, en sus cánticos, parecían decir a la nueva habitante del bosque: «Míranos, débiles e ignorantes pajarillos como somos, el Señor acude bondadosamente a todas nuestras necesidades. Nada sembramos ni cogemos; no tenemos provisiones amontonadas en los graneros, y, sin embargo, de nada carecemos. ¿Por qué Dios no ha de cuidarte como a nosotros?»

Ida buscó un lugar cómodo para que le sirviese de abrigo. Cerca del matorral donde había dormido durante la noche, brotaba un arroyuelo de cristalinas aguas al pie de una roca, en lo alto de la cual se extendía una espaciosa meseta cubierta de césped y musgo y cercada de altos abetos. Bajo uno de éstos, cuyas ramas casi rozaban el suelo, decidió Ida construir una cabaña para vivir en ella definitivamente.

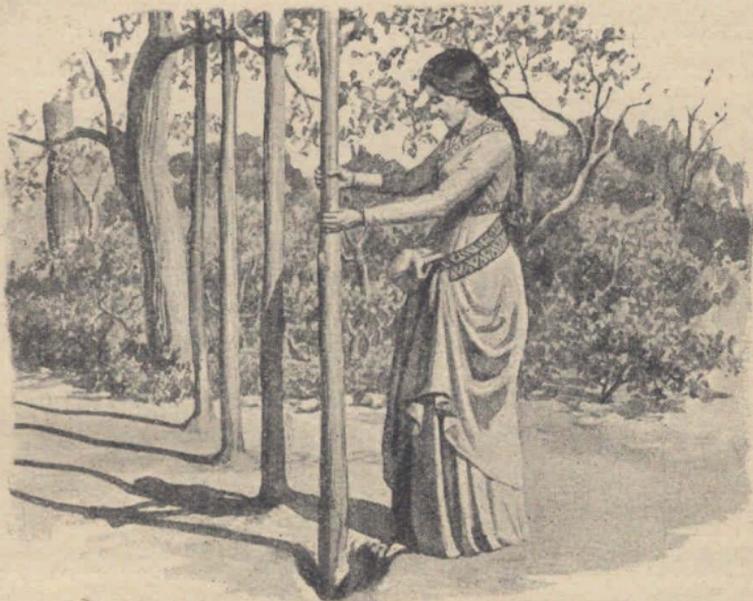
Pero, ¿cómo había de poder dedicarse a tan rudo trabajo con sus delicadas manos y sin ningún instrumento una pobre y débil mujer, una condesa?

Dice un proverbio que la necesidad obliga. Por eso Ida empezó a buscar y a recoger por el bosque ramas secas y verdes, hojas y cortezas y tanto trabajó, que desde el primer día había amontonado

junto al viejo abeto una gran cantidad de materiales para su futura morada.

Durante este tiempo se alimentó de las abundantes frutas que producía el bosque, como fresas, moras y uvas, que le parecieron tan apetitosas como los mejores manjares que se servían en el castillo de Toguemburgo.

Al día siguiente, el disco del sol, al asomar por



detrás de las altas montañas, no era tan radiante como la víspera; la aurora estaba sombría y presagiaba lluvias.

Ida, para construirse un abrigo contra el mal tiempo, emprendió su trabajo con más actividad. Lo primero que hizo fué plantar en tierra, lo más sólidamente que le fué posible, fuertes ramas de abeto, cuyo extremo superior ató a las ramas que

colgaban del árbol que servía de apoyo a su edificio; después construyó cuatro tabiques con ramas más cortas, entrelazadas entre sí y atadas con mimbres y otras plantas flexibles. Así vió con alegría cerrada su cabaña por los cuatro costados.

Cierto es que esta habitación ofrecía muy poca solidez y que las murallas de ramas no eran espesas; pero cada día Ida perfeccionaba su obra, entrelazando constantemente ramas tiernecitas, y forraba, por decirlo así, su cabaña con musgo y cortezas hasta el punto de que el agua y el viento no podían penetrar en ella.

El techo, que no era completamente impermeable a un aguacero un poco fuerte, Ida guarneciolo de tal modo con fuertes ramas colocadas una junto a otra y formando plano inclinado, que cuando se sintieron los primeros fríos de otoño, la cabaña de Ida ofrecía un excelente abrigo contra la nieve, la lluvia y las borrascas, propias de la estación.

En la pared situada al mediodía practicó una abertura o ventana para que por ella penetrasen la luz y los rayos del sol. Debajo, Ida había hecho otra abertura que hacía las veces de puerta, pero tan baja, que, para entrar o salir, era preciso arrodillarse y separar unas ramas cruzadas que, en virtud de su elasticidad, volvían a ocupar su puesto obstruyendo la entrada.

La inocencia respira con más libertad en un lugar solitario e ignorado que entre las paredes de los más suntuosos palacios, en donde se ve expuesta a las asechanzas de los malvados.

Nuestra heroína se consideraba feliz.

Una pequeña cruz, construída por ella misma con dos palos atados estaba colocada en el interior de su cabaña y le recordaba continuamente el amor de Jesucristo hacia los hombres, su virtud sublime y los grandes martirios que había sufrido; parecíale que le oía gritar desde lo alto de su cruz que también ella gozaría algún día en el Cielo de la eterna felicidad reservada a los elegidos, merced a los sufrimientos que soportaba con resignación en este mundo.

Ida había levantado en la parte exterior de su cabaña otra cruz más grande, al pie de la cual, cuando el tiempo se lo permitía, iba a rezar diariamente.

Durante el otoño se dedicó a recoger provisiones para alimentarse en la estación cruda del invierno.

Cuando éste llegó, no quiso Ida permanecer ociosa, y valiéndose de su industria, empleó el tiempo en hacer los utensilios y objetos que le faltaban.

Empezó por reunir una gran cantidad de musgo y muchas varillas de mimbre y otras maderas igualmente flexibles. Después, valiéndose de piedras puntiagudas y cortantes, arrancaba cortezas del tronco de los árboles y las echaba en agua para poder apartar las fibras, que después hacía secar al sol. Estas fibras le sirvieron para formar una especie de tejido con el que hizo mantas para resguardarse del frío. Después construyó cestos de mimbre, y con las piedras agudas ahuecó pedazos de madera que le servían de vasos para el agua.

A veces, en medio de estas ocupaciones, sentía conmovido su corazón, recordando a sus buenos

padres. Aun creía oírles decir a ella y a sus hermanas cuando era niña :

—Trabajad, hijas mías ; aprovechad la ocasión, siempre que se os presente, de adquirir conocimientos útiles, porque ninguno de nosotros puede prever lo que podrá sucederle ; tened afición al trabajo ; él solo vale más que todos los tesoros reunidos, porque podemos fácilmente perder nuestras riquezas y entonces sólo un trabajo constante puede asegurarnos el pan de cada día.

Ida, con su propia experiencia, comprobaba ahora la sabiduría que encerraban los consejos que le habían prodigado sus padres.

Si en su juventud hubiera menospreciado estos sabios consejos, si contando con la fortuna que parecía asegurar su porvenir hubiera empleado el tiempo en diversiones inútiles, infaliblemente habría sucumbido en la soledad salvaje a que se veía relegada.

Su ejemplo prueba que los niños no dedicarán nunca demasiado tiempo a los estudios serios, y que con frecuencia nuestra industria es el único recurso que puede asegurar nuestra subsistencia.

A veces, a causa de la crudeza del invierno, transcurrían varios días sin que Ida pudiese trabajar.

Con penoso trabajo conseguía conservar, en medio de la nieve espesa que cubría la tierra, un estrecho sendero que conducía a la fuente de la roca, la cual, afortunadamente, no se helaba nunca enteramente. Estos días de frío excesivo los dedicaba a la oración y a la meditación.

En medio de aquella naturaleza salvaje y desolada que la rodeaba hallaba motivos para piadosas reflexiones. A sus ojos, un ligero copo de nieve, una gota de agua helada que brillaba sobre una rama seca, eran portentosas maravillas y dones tan preciosos del supremo Creador como las lindas flores de la primavera o las sabrosas frutas del estío. Así, todo elevaba su alma y le hacía rendir alabanzas al Señor.

¡ Con cuánta alegría vió más tarde volver los hermosos días y reanimarse toda la naturaleza al ser acariciada por los ardientes rayos del sol !

Extasiada y con ferviente piedad admiraba el césped perfumado que alfombraba la tierra, las tiernas hojas que iban cubriendo las ramas fecundadas por la savia y las flores de caprichosos colores que esmaltaban el verdor de los prados.

Ida, al contemplar tanto esplendor, sentía su corazón animado de nueva vida y le parecía que su alma ascendía al Cielo.

Los gruesos troncos de los árboles le parecían las columnatas de un templo edificado por la naturaleza en honor del Altísimo, y que cada estación venía a adornar con diversas maravillas. Adoraba al criador en las obras de su poder, y el celestial consuelo bajaba como un bálsamo sobre los sufrimientos del corazón.

Muchos días, meses y hasta años permaneció Ida en aquella salvaje soledad en que no vivía verdaderamente sola, puesto que su pensamiento jamás se apartaba de Dios.

IX

REMORDIMIENTOS DEL CONDE

Cuando se hubo calmado algo la cólera del conde de Toguemburgo, la fría razón recobró su imperio y los remordimientos de la acción funesta que había cometido martirizaban su alma.

Pensó que su esposa tal vez era inocente y que la había sacrificado en un acceso de celos injustificados.

Durante sus largas y crueles noches de insomnio, una voz interior le gritaba constantemente :

—¡ Conde de Toguemburgo, asesino de tu fiel esposa y del mejor de tus servidores, la maldición de Dios va a caer sobre tu cabeza ! ¿ Ignoras, acaso, que ningún juez tiene derecho de condenar a un acusado, aun cuando sea culpable, sin haber oído antes sus justificaciones ? Tú te has convertido en verdugo de la esposa que Dios te había concedido, y si ella ha comparecido pura y sin mancha ante el tribunal del soberano juez, su sangre vertida gritará venganza contra tu crimen y la eternidad no será bastante larga para expiarlo.

Estos terribles pensamientos martirizaban constantemente al conde ; tornóse sombrío, cabizbajo y triste, y una languidez devoradora encorvó su cuerpo, tan lleno de juventud y vigor.

Domenico, que jamás lo abandonaba, leía en su pensamiento y en su corazón. Empezaba a temer

que la reflexión llegase a convencer a su amo de la horrible injusticia que había cometido, y que su perdición fuese el resultado inmediato de este descubrimiento. Así, pues, empleó todos los medios posibles para captarse más aún la confianza del conde con objeto de alejar de sí todos los indicios cuya revelación podía ofrecer un peligro.

Pero en vano el pérfido servidor se esforzaba por legitimar a sus ojos la muerte de la condesa y de su fiel servidor, pues los remordimientos eran más fuertes que la elocuencia más astuta.

Enrique se veía agitado por secretos terrores; cuando alguien se le acercaba, creía leer en sus miradas una acusación de que su conciencia no le podía absolver, y evitaba entablar conversación con gente desconocida.

Algunas veces su imaginación le representaba a su esposa rodeada, como una santa, de una aureola celestial e implorando al supremo Juez perdón para él; entonces su alma era presa de la desesperación; después la maligna influencia de Domenico destruía nuevamente aquella predisposición al arrepentimiento.

Nadie, después de los funestos acontecimientos que hemos narrado, había penetrado en la habitación de la condesa. El mismo Domenico no osaba acercarse a ella, pues el terror le dominaba. Al conde se le hizo insoportable la permanencia en el castillo de Toguemburgo, porque, a cada paso que daba, le parecía tropezar con fantasmas amenazadores, y decidió alejarse del castillo y buscar en viajes lejanos algunas distracciones, a

falta de olvido. Quería, antes de abandonar, para no volver más, el castillo de sus antepasados, anunciar a los habitantes de Kirchberg las desgracias que habían caído sobre su familia y su destino; pero no sabía cómo explicarse para justificar, al menos, las apariencias de su bárbaro proceder.

Domenico se encargó de arreglarlo todo, haciendo saber indirectamente a los padres de Ida las acusaciones que habían pesado sobre ella, y en apoyo de sus diabólicas insinuaciones inventó pruebas bastante verosímiles, cuya falsedad no era posible demostrar gracias a la muerte de Kuno.

Enrique no pudo resolverse a esperar noticias de Kirchberg. Para no presenciar el dolor de los padres de Ida, partió súbitamente, dejando a Domenico en Toguemburgo investido de las funciones de intendente de todos sus bienes.

Como el infiel servidor necesitaba también distracciones, las buscó en la bebida y la embriaguez.

Cuando, después de una larga ausencia, el conde volvió a su castillo, no pudo encontrar la tranquilidad que inútilmente había buscado por todas partes. Con frecuencia sus amigos venían a visitarle, pero no podían proporcionarle ningún lenitivo a sus amarguras.

Mientras él sufría el castigo impuesto por su conciencia, su esposa, a pesar de las privaciones y desnudez que la rodeaban, era dichosa. Y es que una conciencia limpia proporciona siempre al justo la calma y la felicidad, mientras que los remordimientos emponzoñan los goces que las riquezas puedan ofrecer.

IDA ES ENCONTRADA NUEVAMENTE

Muerto Kuno, sus funciones de escudero fueron encomendadas a uno de sus amigos, que conocía su historia y su inocencia y que había llorado largo tiempo su triste suerte.

Con frecuencia el nuevo escudero iba a cazar en el bosque de Rabenstein ; pero la Providencia no permitió nunca que las excursiones del cazador se dirigiesen hacia donde Ida había construído su cabaña.

La desgraciada esposa de Enrique vivió diez y siete años en su aislamiento, sin más protección que la de Dios.

Era preciso ese largo aislamiento para que el conde hallase en sus remordimientos una expiación igual a su falta, y para que, por su arrepentimiento, se hiciese acreedor a la misericordia divina.

Un día, al despuntar el alba, el escudero recorría el bosque ; sus perros, desatados de la trailla, saltaban a través de los jarales, y de este modo se vió llevado, siguiendo sus huellas, hasta sitios que jamás había pisado. Grande fué la sorpresa del escudero al descubrir de pronto, en un sitio en que la tierra estaba humedecida por la lluvia, rastros de pies humanos. No podía concebir que ningún cazador se hubiera atrevido a internarse en aque-



...el escudero recorría el bosque... (Pág. 45.)

llos lugares tan agrestes, a dónde él mismo no había podido penetrar sin grandes riesgos a través de escarpadas rocas y espesísimos matorrales.

Dió un silbido para llamar a sus perros y los puso sobre la pista de aquellas huellas. El instinto de estos inteligentes animales los condujo a poca distancia del viejo abeto, a cuya sombra estaba la cabaña de Ida.

En un principio el escudero pensó que aquella cabaña estaría habitada por algún piadoso ermitaño, y casi no se atrevía a acercarse para escudriñar aquel asilo, en el fondo del cual, Ida, aterrada por los aullidos de los perros, permanecía inmóvil

y temblorosa implorando la protección del Altísimo.

Al escudero, al dirigir su mirada por la pequeña abertura que servía de ventana, le pareció distinguir una forma humana vestida de un modo extraño.

En efecto, el traje de Ida estaba tan deteriorado por el tiempo, que casi no le quedaban más que jirones insuficientes para resguardarla del frío.

La condesa tembló al oír la voz del desconocido, que le preguntó qué hacía allí y si podía auxiliarla. Ida no respondió y le dió las gracias con un gesto.

De tal modo las privaciones y la fatiga habían enflaquecido a la desgraciada condesa, que el escudero no pudo reconocerla en un principio ; diez



y siete años aislada del mundo y rodeada de miseria, habían impreso en la frente de Ida prematuras arrugas.

Sin embargo, el escudero, después de examinarla con más detenimiento, pareció iluminado de pronto por una inspiración del Cielo, y exclamó :



...el escudero se arrodilló, besó las manos de la condesa... (Pág. 49.)

—¡ Vos sois la condesa de Toguemburgo, a la que lloramos desde hace mucho tiempo! ¿Cómo es que os encuentro en este desierto, cuando desde hace tantos años creíamos que habíais perdido la vida en el horrible precipicio en que caísteis?

Ida miró atentamente al escudero y reconoció a su antiguo servidor ; y viendo que no le era po-



...un grupo de jóvenes aldeanas, vestidas de fiesta; contemplaban a Ida arrodillada al pie de la cruz... (Página 67).

sible ocultarse más, le respondió con dulce acento :

—Mi muerte parecía inevitable a los ojos de los hombres ; pero Dios, que conocía mi inocencia, ha salvado mi vida por un milagro de su bondad. He aquí por qué he tomado la firme resolución de consagrarme a servirle en la soledad el resto de la vida que le debo.

—Noble señora — respondió el cazador respetuosamente—, vuestra desventura había causado gran duelo en Toguemburgo ; vuestros fieles servidores no han podido consolarse de haberos perdido ; el pesar más profundo se ha apoderado de vuestro esposo : no dudo de que proclamará vuestra inocencia y su arrepentimiento, y de que empleará todos los medios para haceros olvidar el recuerdo de los sufrimientos que habéis padecido por su causa. Permitidme, señora, que me apresure a comunicarle tan fausta nueva ; ¡ que Dios os proteja hasta que yo regrese !

Dicho esto, el escudero se arrodilló, besó las manos de la condesa y después se alejó rápidamente, dejando a Ida indecisa acerca del partido que había de tomar y presa de una gran turbación.

Su primer pensamiento fué buscar en el bosque un retiro más impenetrable ; pero, reflexionando en la dificultad de substraerse a las investigaciones de su esposo en el inmenso dominio de su pertenencia, tomó el partido de continuar allí y esperar lo que Dios quisiese decidir acerca de su porvenir.

XI

LA JUSTICIA DE DIOS

Todos los que presenciaron la llegada a Toguemburgo del escudero del conde, cubierto de polvo y sudor, no dudaron de que era portador de una noticia de sumo interés ; pero a nadie se le ocurrió imaginar que aquella noticia pudiese tener relación con la desgraciada Ida.

El conde se hallaba solo ; el escudero dirigióse hacia él, gritando :

—Señor, vengo a comunicaros una noticia que os parecerá casi increíble, pero que estoy seguro de que os proporcionará una inmensa alegría.

—¿Qué ocurre? — exclamó, ansioso, el conde.

—Monseñor, la señora condesa vive ; la he visto y me he separado de ella hace un instante. ¡ Oh ! es bien inocente, porque sólo Dios ha podido salvarla por medio de semejante milagro.

Y sin tomar aliento, el fiel servidor refirió la historia del descubrimiento que había hecho en el bosque.

El conde, que le escuchaba atentamente, no pudo al principio disimular su sorpresa ; pero casi inmediatamente volvió a caer en su ordinaria indiferencia, y dijo sacudiendo la cabeza tristemente y con aire incrédulo :

—No es posible que mi pobre esposa haya podido

salvarse de la muerte en su caída; además, necesitó creer que era culpable y que el Cielo mismo la había castigado.

El escudero, aprovechando aquellos momentos de incertidumbre, refirió al conde la aventura del anillo de oro, tal como se la había relatado su camarada Kuno.

Al oír esto, Enrique sintió nacer la duda en su ánimo, y, queriendo aclarar el misterio, ordenó al escudero que guardase silencio sobre su descubrimiento y que le guiase inmediatamente al bosque.

Durante el trayecto, Enrique sentía su corazón agitado por mil diversos pensamientos, y decía para sí:

—¿Qué haré si mi esposa es inocente y si es cierto que el Cielo le ha salvado tan milagrosamente la vida?... Si, por el contrario, es culpable y lo confiesa, ¿qué resolución tomaré?

Abismado en estos pensamientos, el conde seguía a su guía y llegó, sin darse cuenta de las dificultades del camino, junto a la cabaña de Ida.

Su esposa, que le esperaba ansiosamente, salió a su encuentro, cubierta con sus harapos y sus largos cabellos blancos.

El conde la reconoció en el acto; su tranquilo rostro y sus dignos ademanes le convencieron de su inocencia. Arrojóse a sus plantas llorando y pidiéndole perdón.

Ida, siempre dulce e indulgente como en sus días felices, levantó a su esposo y le estrechó entre sus brazos.

—¡Oh esposo querido! — exclamó —, jamás he



...salió a su encuentro, cubierta con sus harapos y sus largos cabellos blancos. (Pág. 51.)

guardado resentimiento contra ti; conocía demasiado tu buen corazón para creerte capaz de cometer una mala acción, si no hubieras sido engañado por una odiosa calumnia. Yo siempre te amaré si vuelves a amarme como en los primeros días de nuestro matrimonio.

—¡ Oh ángel mío! — respondió Enrique, sin poderse contener—; reconozco que es Dios quien te ha conservado para bendecir mi arrepentimiento. Tu alma celestial consiente en olvidar mis faltas, pero Dios, que juzga a cada uno según su modo de obrar, Dios, cuya severa justicia castiga

siempre al culpable, ¿podrá perdonarme como tú, Ida querida?

—Te perdonará, Enrique, porque su misericordia es infinita para con los pecadores que se arrepienten y vuelven a El. Mucho tiempo hace que tus lágrimas y tus remordimientos han aplacado su justicia, y ha permitido que estuviésemos alejados uno de otro en la tierra a fin de que nos hiciésemos dignos de estar reunidos en el Cielo. Reconozcamos sus sabias determinaciones, cuyo misterio no nos es posible profundizar, y démosle gracias por la dicha que nos acaba de conceder.

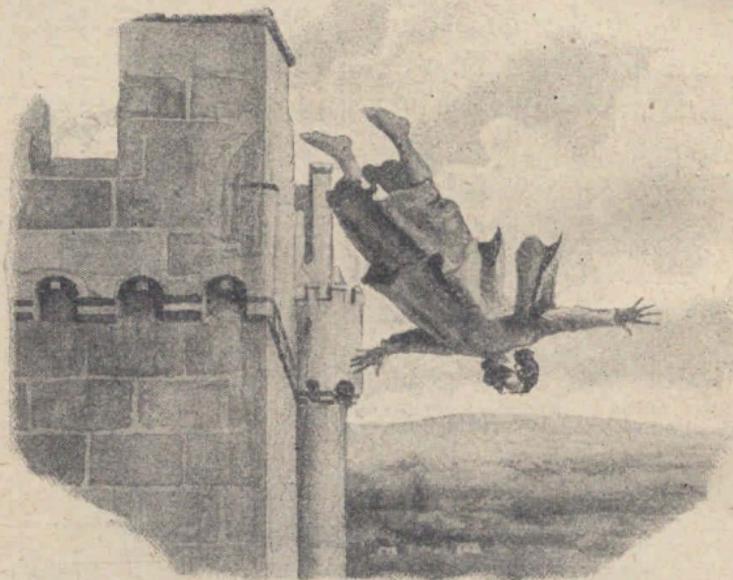
Y arrodillándose los dos esposos al pie de la cruz que Ida había erigido cerca de la cabaña, oraron fervorosamente.

Después de su plegaria, el conde, acordándose



de qué tenía que hacer justicia a alguien, juró castigar terriblemente al monstruo que había emponzoñado su vida pasada.

—Querido Enrique — replicó Ida—, ¿olvidas, acaso, cuántos remordimientos han traído consigo los designios llevados a cabo en un momento de cólera? ¿Si Dios hubiera castigado una por una



...precipitándose desde una de las altas torres... (Pág. 55.)

nuestras faltas con un castigo súbito, dónde estaríamos, dónde? No te niegues hoy a escuchar mi único ruego y sé clemente como Dios lo ha sido contigo. Al perdonarte, querido Enrique, he perdonado también a los que, más culpables que tú, te habían engañado. ¡Que la sangre del criminal no sea vertida por mi causa!

Enrique no pudo negarse a las súplicas de Ida, pero esta intercesión de nada le valió al pérfido Domenico; pues cuando supo que su víctima existía y que el conde estaba enterado de todo, creyó perder la razón. Sus crímenes no le dejaban la esperanza de substraerse a la justicia de los hombres, y desde hacía largo tiempo no creía en la divina.

La idea del suicidio no le abandonaba, y acabó sus días con un crimen que debía ser irreparable, pues escogió el género de muerte de que había sido preservada la condesa, precipitándose desde una de las altas torres en el abismo que se abría al pie de las mismas.

Así es como a veces los culpables empedernidos se adelantan a la justicia humana.

¡Oh almas débiles, que tenéis faltas de que arrepentiros, aun es tiempo de que os detengáis al borde del abismo, por miedo de que Dios no se aleje de vosotros y os deje consumir vuestra eterna perdición!

XII

EL VOTO

Fiel al voto que hiciera, la condesa comunicó a su esposo la resolución que había tomado de no volver al castillo de Toguemburgo.

—Querido Enrique — le dijo con triste calma—, no puedo seguiros y reunirme con vos como en aquellos venturosos días. Rechazada por el mundo

que me ha creído muerta y salvada milagrosamente por Dios, me he consagrado por entero al Cielo; en este desierto he hecho voto de pertenecer a Jesucristo, mi Salvador, y de vivir alejada del mundo hasta el fin de mis días, consagrada únicamente al servicio de Aquel que me ha rescatado y librado dos veces. Espero, pues, que no os opondréis al cumplimiento de esta promesa, y me ayudaréis a saldar la deuda de reconocimiento que he contraído con Dios.

Las palabras de Ida causaron profundo dolor en el alma de su esposo. Sin embargo, el conde no se atrevió a oponerse a la voluntad de la condesa, y su admiración hacia su virtud aumentó con tan inmenso sacrificio.

Pensando que querer impedir el cumplimiento del voto de Ida sería oponerse a la voluntad del Cielo, el conde se resignó a esta nueva y dolorosa separación.

—El voto que habéis hecho me aflige cruelmente—le dijo Enrique con las lágrimas en los ojos— y destruye todos los proyectos que, para un feliz porvenir, me había forjado. No obstante, amada esposa, no me opongo a vuestra voluntad. Rechazada por el que debía haberos proporcionado la felicidad en este mundo, os habéis echado en brazos de Dios y habéis encontrado en ellos protección. Así, pues, a El pertenecéis; mas, al menos, espero que consentiréis en abandonar este desierto en el que carecéis de todo. No me negaréis el consuelo de proporcionaros alguna comodidad.

—No es en una rica mansión—replicó la con-

desa—, ni en medio de las comodidades de la vida donde he prometido a Dios acabar mis días, sino en una pobre y obscura soledad. Por lo tanto, dejadme continuar aquí, en mi retiro habitual. Creedme, Enrique, sólo la costumbre hace que deseemos disfrutar de una vida cómoda, pues se puede ser tan feliz y vivir tan satisfecho con el más simple y más grosero alimento en la más mísera choza, como sentado a una espléndida mesa en un suntuoso comedor. Si juzgáis desdichada mi existencia, yo no juzgo, a mi vez, digna de envidia la que me ofrecéis, acostumbrada, como estoy, desde hace diez y siete años, a una vida frugal, pobre y solitaria. Dejadme, pues, en este desierto.

Inútiles fueron los esfuerzos realizados por el conde en combatir esta resolución. Ida se mostró inquebrantable, y, como la noche se aproximaba, excitó a su esposo a que regresara al castillo antes de que la obscuridad se extendiese por el bosque.

Enrique suplicó nuevamente, el escudero unió sus súplicas a las de su señor, pero todo fué inútil. Entonces el conde se despidió de su esposa y volvió a Toguemburgo, no sin volver con frecuencia sus ojos hacia la modesta cabaña hasta que se perdió entre las primeras sombras de la noche.

Tan pronto como llegó a su casa, llamó a su presencia al capellán del castillo, esperando hallar en el venerable sacerdote los consejos y consuelos de que tan necesitado estaba. Entre sollozos y lágrimas refirióle la historia de Ida, y le dió cuenta de la resolución que ésta había adoptado de vivir en la soledad.

Al día siguiente, el conde y el sacerdote partieron juntos, guiados de nuevo por el escudero, cargado con vestidos y provisiones para Ida. Cuando llegaron a la cabaña, la piadosa condesa acababa su oración.

Ida, después de ponerse los vestidos que el escudero le había llevado, salió de su cabaña y saludó alegremente a su esposo y al capellán.

Enrique enteróse de si había pasado una noche tranquila y si persistía en su resolución.

Ida respondió que con la gracia de Dios y confiando en la misericordia divina, esperaba ser fiel a sus promesas.

Entonces el sacerdote, tomando la palabra, suplicó a la condesa le explicase los votos que había hecho para que él pudiese apreciar la extensión de las obligaciones que se había impuesto.

Ida se apresuró a obedecerle, y después de haberle repetido lo que había dicho a su esposo, añadió :

—Ya veis, padre mío, que la promesa que he hecho es sagrada, y que no debo intentar librarme de ella.

El capellán, después de reflexionar, respondió :

—Hija mía, esa promesa es justa y respetable, y sin duda ha sido aceptada por el Cielo ; yo os animo a cumplirla fielmente. No obstante, debéis escuchar algunas observaciones que mi carácter y mi experiencia me obligan a haceros, y vos misma juzgaréis en seguida si vuestra promesa de consagrarnos a Dios no puede cumplirse en otro lugar que este desierto, acaso con más provecho para vuestra

alma, pues podéis vivir solitaria en un asilo en que estéis menos alejada de vuestros semejantes y en donde, en caso de necesidad, podéis recibir socorros. Lo mismo que todos los hombres, tenéis la obligación de conservar vuestra existencia como un presente que os ha hecho Dios para que le consagréis todo el fruto de la misma. Así, no sólo podéis, sin faltar a vuestro voto, acercaros a los hombres, ahora que podéis hacerlo sin ninguna exposición, sino que creo que es también un deber, a fin de que podáis servir a Dios más largo tiempo sobre la tierra. ¿De qué modo podemos practicar mejor la religión? Jesucristo ha tenido cuidado de indicárnoslo él mismo.

»Tened presente lo que dice el santo Evangelio, de un hombre que se acercó a Jesús y le preguntó : «Maestro, ¿qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?» Y Jesús le respondió : «Ama a Dios sobre todas las cosas ; éste es el primer mandamiento y el más grande. También amarás a tu prójimo como a ti mismo ; éste es el segundo mandamiento, en todo semejante al primero ; si no te apartas de estos dos mandamientos, obtendrás la vida eterna.»

»Otras veces, y en otras circunstancias, nuestro Salvador repitió estos divinos preceptos diciendo que las obras de caridad y misericordia son la más agradable ofrenda que se puede ofrecer a Dios, porque el mayor placer para El es ver al hombre practicar el bien con sus semejantes, que son sus hermanos.

» Vos, señora, no podéis cumplir tan santas obligaciones en estos bosques solitarios, y si estáis re-

suelta a consagrar el resto de vuestros días al servicio de Dios, debéis escoger otro lugar donde podáis conformaros con su voluntad, sirviendo a vuestro prójimo y edificándolo con el ejercicio de vuestras virtudes.»

Así como el conde no había encontrado el día antes nada que oponer a la resolución de su esposa, tampoco ésta halló nada que objetar a los argumentos del sacerdote. No obstante, poco después decidióse decir al capellán :

—A pesar de las grandes verdades que acabáis de recordarme y de la gran sumisión que debo a un ministro del Señor, me he acostumbrado de tal modo desde hace largos años a no emprender nada sin consultar antes a Dios por medio de la meditación, que os ruego, reverendo padre, no me exijáis que os conteste inmediatamente ; mañana os daré a conocer lo que me haya sido inspirado en la oración.

El capellán, seguro de haber vencido la resolución de Ida, consintió en ello.

Al día siguiente, Enrique volvió a la cabaña de Ida, y obtuvo, con gran satisfacción, el que la condesa abandonase su humilde choza.

Enrique preguntó a su esposa qué lugar quería escoger para hacer edificar allí un monasterio. Ida le contestó que desearía fijar su retiro en un pequeño valle llamado Au, no muy distante del convento de Kischingen ; pero declaró a su esposo que sólo aceptaría de él una habitación humilde, que no tuviera más comodidades que las necesarias para la vida.

El conde no tuvo más remedio que consentir, y el capellán se encargó de dirigir los trabajos de la nueva ermita. Además, recomendó a Ida, con el mayor interés, que no atentase contra su salud con austeridades y privaciones indiscretas.

XIII

LA ERMITA DEL VALLE

La cabaña que había sido el asilo de la condesa de Toguemburgo durante diez y siete años, ofrecía un conmovedor espectáculo.

Un montón de hierbas y hojas secas servía de lecho por la noche y de asiento durante el día; dos esteras trenzadas pacientemente servían de cobertores; pedazos de madera ahuecados servían de vasos; esto y algunos cestos hechos de corteza para guardar las miserables provisiones, constituían todo el mobiliario de la pobre solitaria.

La pequeña cruz, construída toscamente de madera, que Enrique vió colgada en una de las paredes de la cabaña, le causó más respeto que todos los crucifijos brillantes de oro y pedrería de la capilla de Toguemburgo. Al verla, se arrodilló ante aquella sagrada representación simbólica de la redención del mundo.

Ida ofreció a sus huéspedes parte de su alimento ordinario, o sea frutas y agua del cercano arroyuelo.

Después, accediendo a las súplicas de su esposo

y del capellán, refirió cuanto le había sucedido antes de la pérdida del anillo de boda y el ultraje que Domenico había intentado hacerle, y del que no quiso enterar a su esposo a fin de librarle del castigo.

Esta relación, y los antecedentes que ya el conde había reunido, completaron todas las aclaraciones que podía desear respecto al odio y a las persecuciones de que Domenico había hecho víctima a su joven ama.

Como el sol iba descendiendo en el horizonte, Ida advirtió a sus huéspedes que había llegado la hora de retirarse.

Enrique, en cuanto regresó al castillo, hizo reunir todos sus servidores en un gran salón y les anunció que la condesa vivía aún; que Dios, por medio de un prodigio inefable, la había salvado de la muerte, y que había tenido la dicha de encontrarla. Después, con los ojos humedecidos por las lágrimas, proclamó en alta voz su inocencia, y deploró su culpabilidad por haberla tratado con tanta injusticia.

Los que le escuchaban derramaban lágrimas de alegría y enternecimiento cuando el conde les pidió perdón por las violencias de su carácter, de que a veces habían sido víctimas.

Estos fieles servidores aclamaron jubilosos a su señor, maldiciendo al mismo tiempo la memoria del pérfido Domenico.

El conde, antes de retirarse, designó a algunos de sus criados para que, desde la mañana del día siguiente, anunciasen por toda la comarca la agra-

dable noticia del regreso de Ida. Al mismo tiempo envió el conde un expreso al castillo de Kirchberg para llevar la alegría al dolorido corazón de los ancianos padres de la condesa.

Al mismo tiempo, Enrique encargó a su mensajero que manifestase a aquéllos el hondo pesar que sentía y la esperanza que abrigaba de que no le tratarían a él con más rigor que la misma Ida, que con tanta generosidad le había perdonado.

Al amanecer del día siguiente partieron los mensajeros ; inmediatamente el conde se ocupó en llamar a un hábil arquitecto y los obreros necesarios.

Dirigióse con ellos al valle de Au para señalarles el sitio, tamaño y distribución de la ermita que iban a construir.

Para estimular el celo de los trabajadores se ofrecieron a éstos recompensas, y la asidua vigilancia del amo contribuyó a la pronta terminación del pequeño edificio.

Durante este tiempo, las visitas que Enrique y el capellán hicieron a Ida fueron muy cortas, porque el conde estaba impaciente por verla instalada en una morada más cómoda y tenía temor de que su ausencia causase algún retraso.

Con tanta asiduidad trabajó el conde, que en un mes quedó construída y habitable la ermita, precisamente en la época en que los padres de Ida llegaron de Kirchberg, acompañados del mensajero que les había enterado del feliz encuentro de la condesa de Toguemburgo y del solemne reconocimiento y proclamación de su inocencia.

Este día estaba Enrique ocupado en dar órdenes

a los obreros para que preparasen debidamente el interior del alojamiento de su esposa.

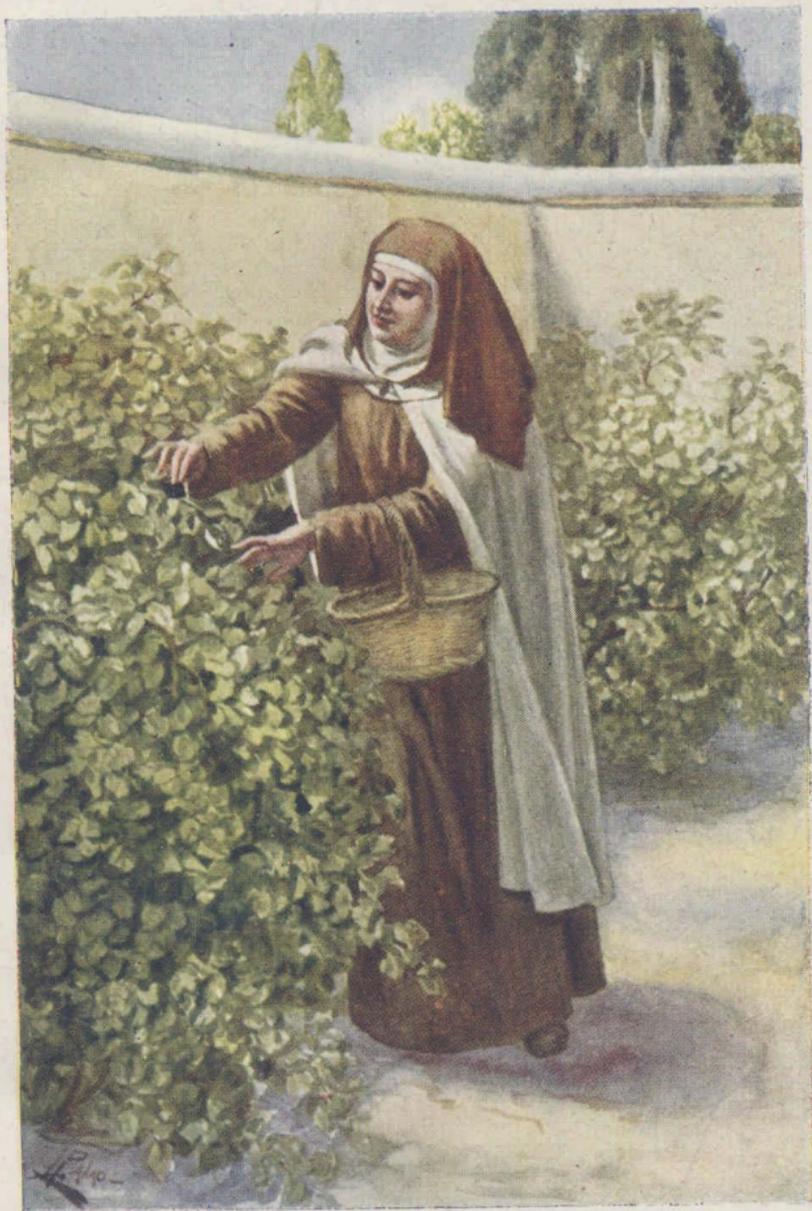
Entre las obras que se llevaron a cabo, mandó plantar un jardinillo muy pintoresco, y cuidó además de que la despensa estuviese abundantemente proveída de provisiones, pues, de este modo, la caritativa Ida podría procurarse una alimentación



más sana y dar de lo que le sobrase a algunos necesitados.

Cuando anunciaron al conde la llegada de los padres de su esposa, volvió al castillo apresuradamente para recibirlos; pero su corazón, turbado por amargos recuerdos, le hacía temer de parte de aquéllos justos reproches.

Tan pronto como los distinguió, arrojóse a sus plantas, suplicándoles insistentemente que le per-



...se puso a coger fresas, ciruelas, moras y otras frutas de las que crecen en el bosque... (Pág. 73).

CONDESA.—5

donasen por su injusto proceder, aunque se reconocía indigno de esta gracia.

Contra lo que esperaba, los padres de Ida venían dispuestos a ser benévolos con él y olvidar lo pasado. Alzaron del suelo a Enrique, le aseguraron que su corazón no abrigaba resentimiento alguno, y le dieron gracias por lo que había hecho para reparar en parte la injusticia que había cometido. Después se informaron de Ida y del momento en que podrían estrecharla en sus brazos.

Antes de contestar, Enrique, para quien los más insignificantes deseos de Ida se habían convertido en leyes inviolables, ordenó que se retiraran todos los asistentes, hasta el capellán y su fiel escudero, y manifestó a los padres de su esposa que el día siguiente era el fijado para la instalación de la condesa en la ermita que había escogido, y que la piadosa solitaria experimentaría un grandísimo placer en volver a verlos después de tan larga ausencia, y tomar posesión bajo sus auspicios de su nueva morada.

También les manifestó que el más caro de sus deseos hubiera sido celebrar con gran solemnidad este cambio de habitación, pero que Ida había exigido que se llevase a efecto esta ceremonia sin ninguna ruidosa demostración, sino con el más santo recogimiento; y como creía un deber sagrado no oponerse a los menores caprichos de su esposa, no había comunicado a nadie su proyecto, que se reducía a ir al día siguiente con el capellán y el fiel escudero a buscar a Ida a su asilo del bosque; sólo los padres de la condesa quedaban exentos de esta

CONDESA.—5

exclusión, pues al día siguiente irían anticipadamente a la capilla nueva para recibir a Ida a su llegada.

Tampoco se le olvidó a Enrique referirles detenidamente el modo milagroso con que la bondad divina había protegido la existencia de Ida en el bosque, y ponderando también su piedad maravillosa y sus grandes virtudes. Y los señores de Kirchberg oían todo esto enternecidos y con el mayor interés.

Para poner término a esta conversación fué preciso que el digno capellán viniese a advertirles que era tiempo de descansar un poco para ponerse en camino al día siguiente al amanecer.

Por su parte Ida, en espera de este dichoso día, no dejaba de dar gracias a Dios por la suerte feliz que le había concedido para el fin de sus días. Bendecía a Enrique por sus desvelos en proporcionarle todos los medios de cumplir su voto de consagrarse a Dios, y de satisfacer sus deseos más ardientes, que eran los de auxiliar a los menesterosos y a los que sufrían en sus miserias y desgracias.

A pesar del cuidado que había puesto el conde de Toguemburgo para que no se enterasen los habitantes de la comarca del día de la llegada de Ida a la nueva ermita, Dios dispuso que cuando iba a abandonar su retiro fuese un triunfo para su virtud y para la providencia admirable que durante tantos años había velado por ella.

Es justo que de vez en cuando el mundo presenciase algunos de estos grandes ejemplos para que

las almas piadosas perseveren en el camino de la resignación y de la paciencia en las pruebas de esta vida.

Cuando el conde, el capellán y el fiel escudero que había descubierto el retiro de Ida se dirigían en busca de ésta, Enrique halló en los linderos del bosque una numerosa multitud de gentes que le aguardaban y que le siguieron a lo lejos respetuosamente.

A medida que avanzaba, Enrique hallaba a su paso más gente, y cuando llegó cerca de la cabaña bajo los pinos y abetos, un grupo de jóvenes aldeanas, vestidas de fiesta, contemplaban a Ida arrodillada al pie de la cruz y sumida en profunda meditación.

Los testigos de aquella escena estaban enternecidos, las lágrimas asomaban en todos los ojos; y, en medio de la emoción general, sólo Ida se mostraba sonriente y llena de celestial felicidad; su rostro era la imagen verdadera de la inocencia y la santidad. No se podían contemplar, sin sentirse conmovido, las huellas de su prolongada miseria, de la que se veía aún rodeada, y todos, al pensar que tantos sufrimientos pronto terminarían, sentían inundado el corazón de inefable alegría.

Todos se recreaban contemplando su rostro lleno de dulzura y resignación, y escuchando sus palabras, impregnadas, como su corazón, de amor divino.

Tanta era la gente que deseaba acercarse a ella, que a duras penas sus padres podían permanecer a su lado y dirigirle algunas palabras.

Así la pobre Ida, que, rechazada del mundo, falta de toda protección humana, había ido a habitar sola y olvidada en las profundidades de un desierto bosque, recibía el premio de diez y siete años de paciencia y esfuerzo.

Sus padres y su esposo la rodeaban, no ya con ternura y cariñosamente, sino con admiración y respeto; una multitud regocijada estaba dispuesta a acompañarla triunfalmente como a una santa, en el momento en que iba a abandonar aquella soledad por un asilo más afortunado.

Cuando los habitantes de Kirchberg hubieron penetrado y examinado con la más conmovedora curiosidad la cabaña que había edificado Ida sin ayuda de nadie, y el miserable mueblaje que había conseguido fabricar, los buenos campesinos quisieron llevarse, como santas reliquias, algunos de los objetos que le habían servido.

Ida descolgó la cruz de madera ante la cual había orado y llorado durante tantos años; después dirigió una última mirada a aquel asilo solitario que Dios le había deparado durante sus desventuras, y sus mejillas se humedecieron con nuevas aunque dulces lágrimas.

Arrodillóse, y todos los asistentes, formando un círculo a su alrededor, entonaron un himno religioso que los ecos del bosque repitieron a lo lejos.

Cuando terminó este piadoso acto, los aldeanos más jóvenes habían improvisado apresuradamente unas andas con ramas de abeto entrelazadas; a pesar de su oposición, colocaron a Ida sobre este



...entonaron un himno religioso... (Pág. 68.)

trono improvisado y la comitiva emprendió la marcha para trasladarla al valle de Au.

El pueblo acudía ; la multitud iba engrosando el cortejo a cada instante.

Los más ancianos de la comarca venían al encuentro de la santa, apoyados en sus nietos, para contemplar una vez más a su noble señora.

Al ver a la condesa, siempre humilde y graciosa, llevando entre sus manos su cruz de madera, la bendecían de todo corazón y daban gracias al Cielo por haberles dejado ver, antes de morir, día tan venturoso.

Los niños y las mujeres arrojaban flores a Ida, y todo el trayecto estaba alfombrado de ellas.

Por fin llegaron al valle de Au. Los obreros que habían edificado la ermita, acababan de levantar a la entrada de la nueva mansión de Ida, y por propio impulso, un arco de triunfo, y el campanario de la capillita, con sus alegres sonidos, contribuía a la general alegría.

Cuando Ida descendió a la puerta de la mansión bendita que iba a santificar, se volvió hacia la multitud, y con dulces y conmovedoras palabras dió las gracias a todos por las pruebas de cariño que le habían dispensado, y les prometió rogar a Dios diariamente por su felicidad.

Cuando terminó de hablar, tomó posesión de la casita, donde quedaron acompañándola solamente su esposo, sus padres y el capellán de Toguemburgo.

Habíase preparado un frugal desayuno; pero Ida no quiso aceptar ningún manjar y sólo probó alguna fruta y un poco de agua, alimento a que se había acostumbrado durante su aislamiento.

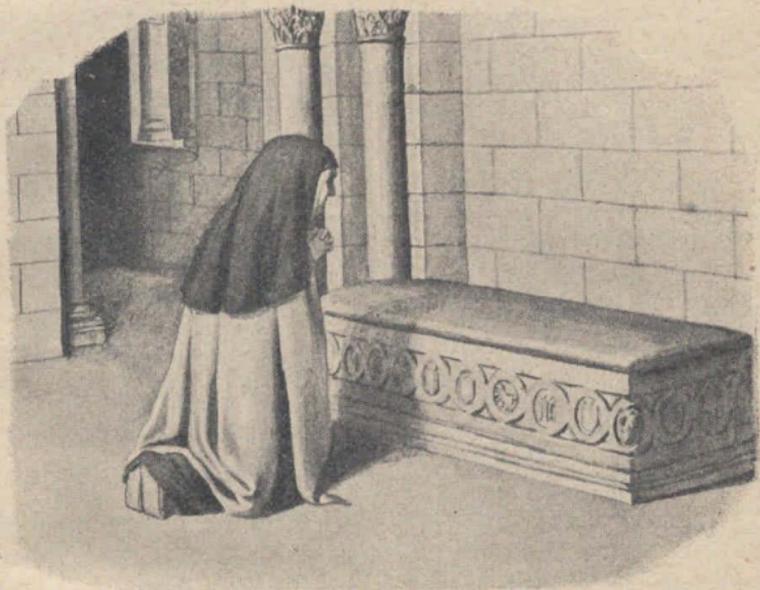
XIV

LA DESPEDIDA

Era ya de noche. Ida estaba acompañada aún de su familia, que no se decidía a abandonarla. Fué preciso, no obstante, someterse a este último sacrificio.

Con aire triste, pero resignado, la condesa les recordó el voto que había hecho a Dios de no vivir para el mundo, y les suplicó que no intentasen vol-

verla a ver. Únicamente si alguno de ellos creía que podía hacer por él alguna obra de caridad, le suplicaba que se dirigiese a ella, pues no podía separar el servicio de Dios del del prójimo. Después manifestó el deseo de que su esposo le enviase en ciertas épocas nuevas provisiones que ella misma



...y diariamente rogaba a Dios por su alma. (Pág. 72.)

distribuiría entre los pobres que fueran a visitarla. Pidió, además, telas ordinarias, pero de abrigo, para ocuparse en confeccionar vestidos.

El conde, que de antemano había ya cumplido con estos deseos, se comprometió a continuar en adelante haciendo lo mismo.

Cuando llegó la hora de la separación, todos le

recomendaron que los tuviera presentes en sus oraciones, y se separaron de ella llorando.

—Adiós — les dijo la condesa, viéndolos alejarse lentamente—, adiós hasta el Cielo, porque tengo completa convicción de que allí nos volveremos a encontrar. Mientras, vivid dichosos y no me olvidéis.

—¡Adiós, angelical criatura, que Dios os acompañe! — le respondió el capellán.

Los demás se alejaron llorando sin tener fuerza para pronunciar una sola palabra.

Los padres de Ida se volvieron a su castillo de Kirchberg.

Enrique vivió solitario en el suyo, pensando continuamente en su esposa y esforzándose con sus buenas obras en reparar las faltas que había cometido.

Pocos años después murió el conde llorado por sus vasallos. Ida le lloró santamente; no le había vuelto a ver después de su entrada en la ermita del valle de Au. El cadáver de su esposo lo hizo transportar a la pequeña capilla donde se le erigió una modesta tumba, y diariamente rogaba a Dios por su alma.

XV

EL AMOR DEL PRÓJIMO

Después de descansar algunas horas, Ida se levantó por la noche para orar.

Al despuntar la aurora, su alegría fué inmensa

al descubrir en su oratorio un magnífico crucifijo, una preciosa imagen de la Virgen y cuadros que representaban varios pasajes de las vidas de santos solitarios.

El jardincito de la ermita ostentaba lindas flores y algunos árboles frutales. Ida pensó que podría subvenir a sus necesidades cultivando aquel jardín y dedicando el producto restante al alivio de los pobres; sabía que el culto que más agrada a Dios es la práctica de la caridad, que consiste en ayudar al prójimo y en consolar a la viuda, al huérfano y a todos los que sufren adversidades.

Mientras permaneció en el bosque, aprendió por propia experiencia cuán útiles son a los necesitados los más insignificantes socorros.

Alimentando en su corazón estos buenos pensamientos, se puso a coger fresas, ciruelas, moras y otras frutas de las que crecen en el bosque y en los setos sin cultivo; estas sencillas provisiones debían bastar para ella; todo lo demás, o sea lo mejor, lo entregaba a los menesterosos.

Con frecuencia visitaba las casas de las cercanías, donde sabía que había enfermos; ella misma preparaba las bebidas y medicinas que exigía la situación de los mismos y los animaba cariñosamente con piadosas palabras.

Nunca se sentía más feliz, al terminar el día, que cuando lo había dedicado enteramente a enjugar lágrimas y consolar aficciones.

Durante las horas que permanecía en la ermita, se entregaba a la oración, que formaba sus delicias

y su fuerza, y después trabajaba en cosas útiles al prójimo.

A poca distancia de la ermita se alzaba el convento de religiosas de Fischingen; Ida se dirigía todos los días allá, al salir el sol, para asistir a los *Maitines*, cantados por las religiosas, asistiendo después al sacrificio de la misa con santa unción. La lectura del Evangelio le recordaba las divinas enseñanzas de Jesucristo; las diversas oraciones que acompañan a la celebración de este sagrado misterio henchía su corazón de amor y agradecimiento por los beneficios del Salvador. Todos los días de fiesta, en el momento en que recibía la santa comunión, Ida gozaba de una dicha inefable, principio de las eternas delicias reservadas a los elegidos del Señor.

Muchos años transcurrieron así dedicados a la oración y al servicio del prójimo. La fama de una vida tan santa se extendía por todas partes, y diariamente acudían numerosos peregrinos a visitar a Ida para pedirle consejos o consuelos. Todos los que la visitaban se retiraban llenos de admiración.

Las religiosas del convento de Fischingen, que veían a la condesa diariamente en su iglesia, deseaban de todo corazón poseer en su comunidad un modelo tan perfecto de virtudes, cuya presencia atraería sobre la misma muchas bendiciones. Al efecto fueron a exponer a Ida sus vehementes deseos, y le suplicaron que no se negase a ellos, ofreciéndole una habitación conveniente que ella haría disponer a voluntad suya.

La condesa se negó en un principio a abandonar su ermita ; temía que la vida regular de una comunidad le impidiera dedicarse a las obras de caridad, práctica que no podía resolverse a descuidar. Sin embargo, la promesa de una entera libertad en este punto venció su indecisión. Al mismo tiempo pensó que había de obtener en el cambio grandes ventajas, pues la edad comenzaba a debilitarla y los diez y siete años que había pasado sufriendo privaciones inuaditas habían hecho llegar antes de tiempo la decrepitud.

Grandes fatigas experimentaba todos los días al dirigirse a la iglesia de Fischingen, y sus fuerzas disminuían tan visiblemente, que pronto le prohibirían entregarse a sus penosos trabajos.

Creviendo reconocer en las instancias de las religiosas la voluntad del Altísimo, accedió a los ruegos de éstas y se retiró al convento de Fischingen.

XVI

POSTREROS INSTANTES DE UNA SANTA

Los últimos años de la condesa Ida de Toguenburgo fueron el espejo de la más perfecta santidad.

Nadie puede asegurar que pronunciara los votos monásticos en la comunidad de Fischingen, pero la historia nos refiere que las virtudes de Ida le conservaron hasta sus postreros instantes una veneración que cada vez fué aumentando.

En esta época no era raro encontrar personas

piadosas que, no contentas con vivir retiradas en la soledad de un claustro, buscaban medios extraordinarios de separarse más aún de todas las cosas para unirse a Dios más estrechamente. Algunos se hacían encerrar en pequeñas celdas sin más puerta ni abertura que una estrecha ventanilla por donde recibían el alimento.

A éstos se les llamaba reclusos.

Vivían separados de los demás religiosos del mismo modo que éstos lo estaban del mundo.

A imitación de santa Widorada, virgen y mártir, que ilustró la abadía de Saint-Gall, algunas religiosas de Fischingen habían adoptado este género de austeridad.

Cuando Ida sintióse sin fuerzas para ser útil al prójimo, se separó de la comunidad con las ceremonias que se acostumbraban y se hizo emparedar en una especie de nicho, de donde no debía salir más con vida.

Allí vivió en silencioso recogimiento, dedicada por completo a la contemplación interior de Dios. Con frecuencia su alma, abrasada por un santo amor del Salvador, se elevaba hasta el trono del Altísimo y gozaba anticipadamente de las delicias de los santos.

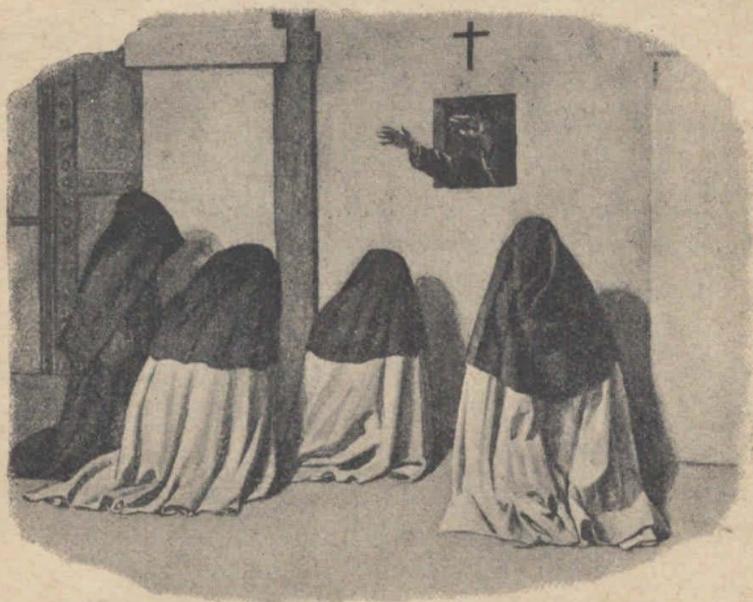
Cuando salía de sus éxtasis, quejábbase de que su cuerpo la encadenase aún por algunos días a la tierra; pero sometíase pacientemente a la voluntad de Dios, del que aguardaba el fin de sus sufrimientos temporales.

En los momentos en que los achaques propios de su avanzada edad le dejaban menos reposo, pen-

saba en la agonía de Cristo en el jardín de las Olivas, y exclamaba :

—¡ Oh Padre eterno, encomiendo mi alma a tus manos ; mi mayor deseo es verme libre de esta triste existencia, pero cúmplase tu santa voluntad y no la mía !

Aunque Ida, en su celdilla, estaba separada en-



teramente del mundo, las religiosas iban muchas veces a arrodillarse delante de su ventanilla, y la condesa les hablaba de Dios con una elocuencia enteramente celestial.

Pocas horas antes de que Ida entregase su alma a Dios, sacáronla de aquella tumba y la llevaron a la iglesia, depositando su cuerpo al pie del altar sobre un lecho de paja y ceniza. Todas las religiosas se postraron en torno suyo.

Ida recibió el pan eucarístico. Poco después, habiendo recobrado algunas fuerzas, se incorporó y repitió con voz grave y algo conmovida estas palabras de un cántico sagrado :

—Dios mío ; permítete que el alma de tu sierva parta en paz de este mundo y vuelva a Ti ; recíbela en el seno de tu misericordia, porque ha sufrido mucho y ha creído y esperado en Ti.

Después dió las gracias a todas las religiosas por el cariñoso interés con que la habían atendido, se recomendó a sus oraciones, e inclinando la cabeza, expiró dulcemente.

Al verla, hubiérase dicho que acababa de quedarse dormida, vencida por un día de fatigas. Sus ojos estaban cerrados, pero sus labios sonreían con angelical dulzura.

Sus restos mortales recibieron sepultura en una magnífica tumba ; pero no hacían falta mármoles ni esculturas para perpetuar su memoria, pues su recuerdo quedó grabado en la mente de cuantos tuvieron ocasión de conocer su acrisolada virtud, y aun hoy se cita para edificación de las buenas almas y para ejemplo de los que aun están apartados del sendero que Dios tiene señalado a todos sus hijos.

FIN



BIBLIOTECA SELECTA

VOLÚMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen (tomo 1.º).
11. Cuentos de Andersen (tomo 2.º).
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinsón.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales.
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales.
21. La pícara vanidad.
22. Un Charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Angel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloque.
39. Una ciudad flotante (primera parte).
40. Una ciudad flotante (segunda parte).
41. Miguel Strogoff (1.ª parte).
42. Miguel Strogoff (2.ª parte).
43. Las Indias negras (1.ª parte).
44. Las Indias negras (2.ª parte).
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La paloma.—El canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolin.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El condesito.
56. La condesa Ida.